

Tres escritores y un final

Por GONZALO LEÓN

Es la muerte y no la vida, como ya dijo Millán, quien nos pone el punto final.

A Pablo Domínguez QEPD

En casi dos décadas de escritura lo que más me ha costado escribir son los finales. Al principio pensaba que se trataba de un defecto literario, vale decir de no saber cómo terminar una historia en el papel, pero luego me di cuenta de que hasta una historia personal me costaba ponerle fin. La alargaba innecesariamente, convencíndome que esto iba a pasar, o la apuraba con infantiles â€œya, F o C, hasta aquí- nomás llegamosâ€.

Hoy, cuando ya soy consciente de mis defectos â€œpersonales y literariosâ€ , he llegado a la conclusión de que puedo aprender mucho sobre ellos analizando el final de las vidas de algunos escritores y sus historias personales vinculadas, de alguna manera, a mí. Para eso me gustaría empezar por quien más conozco: Claudio Giaconi.

Primer final

Claudio llegó a Chile a mediados de los 90 luego de una larga estadía en Nueva York. Un día, creo que fue en una Feria del Libro de Santiago, Pedro Pablo Guerrero de la Revista de Libros me lo señaló y dijo con cierta admiración: â€œEs Claudio Giaconiâ€. Aquella tarde no me atreví a hablarle. Sólo dos años después lo abordé y, para mi sorpresa mostré muy interesado en que yo quisiera que él presentara mi segundo libro â€œLa sonrisa perfectaâ€. Arqueando las cejas una y otra vez, como si me estuviera tomando el pelo, me pregunté dónde estaba el libro.

â€œNo lo tengoâ€ respondí.

â€œBueno, pero es imposible presentar algo invisible.

â€œSólo tengo esto.â€ Y saqué unas hojas impresas de los interiores del libro, que la editorial recién me había pasado.

Claudio tomó el original, terminó su café, y me dijo que nos veríamos el día de la presentación, que como suele ocurrir se alargó y alargó. El día del lanzamiento del libro â€œque debo confesar ahora a mí- no me gusta nadaâ€ Claudio de pie frente a un micrófono citó a Wilde y habló bien del texto. Yo se lo agradecí, a lo que él retrucó serio: â€œSi no estuviera convencido sobre lo que dije, no lo hubiera hecho.

Con los años, aprendí de Claudio que ser escritor no consistía en publicar libros, sino simplemente en escribir, observar, corregir, leer y botar a la basura. En el tiempo que lo conocí- nunca â€œbueno, sólo después que su salud se deterioró notoriamenteâ€ dejó de escribir; enfermo, empezó a publicar lo que sería su último libro â€œEtc.â€, compilación de poemas y fotografías a cargo de Claudia y Rosita Apablaza. En él se puede leer el siguiente verso: â€œUn muchacho muerto fue desenterrado vivo / el lunes bajo 36 metros de mierdaâ€.

Después de la tuberculosis, Claudio Giaconi había empezado un proyecto cinematográfico con Marcelo Dinamarca, quien fue socio mío en una productora de eventos en Viña del Mar, hace casi quince años. Dinamarca registró sus últimos días, pero también un incidente con Nicanor Parra. Claudio, para los que no saben, siempre fue un admirador y amigo de Parra. Pero un día, instigado por Dinamarca, fue sin aviso a visitarlo a Las Cruces. Claudio golpeó la puerta, pero sólo salió el hijo de Nicanor, quien le dijo que su padre estaba durmiendo la siesta. Claudio, enojado, se dio medio vuelta hacia la chimenea y espetó: â€œY pensar que fui yo quien le dijo que este litoral necesitaba de un poetaâ€.

A su funeral no asistí ni Nicanor ni yo, ni muchos quienes lo admiraron. Pese a ello, alcancé a pasar al velatorio alternativo que algunos poetas y el propio Dinamarca hacían en un bar cercano a la Sech. Al verme, se manifestaron compungidos por la muerte de Claudio, uno casi lloró, pero se sobrepuso, y todos en patota se largaron de ahí, â€œhaciendo perro muertoâ€.

Segundo final

Cuando Gonzalo Millán era un poeta de los grandes, yo lo consideraba un simple curadito. Creo que fue José María Memet en 2002 quien me convenció de lo contrario: â€œLáete Virusâ€™. ¡Es un libro extraordinario!â€. Y hoy recuerdo que me gustó un poema que hablaba de los electrodomésticos y de un refrigerador que se abre como un poema o libro. Millán intentaba decir que no sólo los libros podían leerse, sino también los electrodomésticos y todas las cosas en general. Así, uno puede leer una persona, un vaso con vestigios de rouge, una cama desecha y sucia. Todo se lee, porque todo es un texto, una construcción cultural, en otras palabras un artificio.

Cuando conocí a Millán, lo invité a La Sebastiana, donde su directora me había contratado para organizar unas mesas redondas con narradores y poetas de cierto prestigio. Recuerdo que a Millán le tocaba compartir mesa con Germán

MarÃn; sin embargo, Ãste se excusÃ a Ãltima hora y tuve que pedirle a Cinthya Rimsky que lo reemplazara. A MillÃn no le importÃ. Bajando a pie de La Sebastiana, por un cerro del que he olvidado su nombre, me contÃ lo que opinaba de algunos poetas que yo conocÃ-a, y su visiÃn era mÃs bien pesimista de lo que en esa fecha â€“2004â€” se estaba haciendo en poesÃ-a chilena.

Al llegar al centro de ValparaÃso nos fuimos a comer al Cinzano, y MillÃn saliÃ del bar con Cinthya a fumarse un pito. Del trago, al parecer ya estaba harto. De regreso al hotel en donde Ãl y su pareja alojaban, le dije lo de los tÃtulos de sus libros: â€œVidaâ€, â€œVirusâ€ y â€œPseudÃnimos de la muerteâ€. Si agarras los tres, recuerdo haberle dicho, resur naces, te enfermas y mueres. A MillÃn le encantÃ la idea y le preguntÃ a su pareja por quÃ nunca se le habÃ-a ocurrido esa asociaciÃn.

Luego verÃ-a tres veces mÃs a Gonzalo MillÃn: una fue para una entrevista que le hice para La NaciÃn Domingo, otra para una lectura de unos poetas argentinos que vinieron a Santiago invitados por el hermano de Marcelo Bielsa y por Ãltimo en un cafÃ, en donde ya se veÃ-a enfermo y donde me pidiÃ si podÃ-a enseÃarle a escribir una crÃnica. Me sentÃ- honrado, pero a la vez sorprendido, asÃ- es que le consultÃ para quÃ nunca se le habÃ-a ocurrido esa asociaciÃn.

Ã Ã Ã â€“Me ofrecieron una pega en The Clinic y me gustarÃ-a aceptarla â€“confesÃ.

Le preguntÃ por su libro â€œCroquisâ€, que aÃn no salÃ-a, y enseguida por su taller de autobiografÃ-a. SÃlo con respecto esto Ãltimo tuvo algunas palabras:
Ã Ã Ã â€“Me he dado cuenta, y creo que esto te puede servir a ti tambiÃn, que no sacamos nada con escribir la vida, porque la vida la que termina por escribirnos.

Tercer final

Cuando conocÃ- a Roberto BolaÃo no sabÃ-a quiÃn mierda era, vale decir no habÃ-a leÃdo nada de Ãl, ni siquiera una crÃtica sobre alguno de sus libros, nada. Pero para mÃ- BolaÃo â€“hablo en tiempo de la Feria del Libro de Santiago de 1999â€” era el escritor chileno de Anagrama, el epÃtome del escritor que por esos aÃos yo querÃ-a ser. Y quizÃ por eso cuando anunciaron por los altoparlantes que Roberto BolaÃo estaba firmando sus libros en el stand de FernÃndez de Castro, de inmediato me precipitÃ hacia allÃ, cargando el librito que Claudio Giacconi habÃ-a presentado ese aÃo: â€œLa sonrisa perfectaâ€.

Como es de imaginar, tuve que formarme con mi mejor sonrisa. En la fila reconocÃ- al escritor mexicano Jorge Volpi, pero ese aÃo no sabÃ-a tampoco quiÃn cresta era Volpi, y con los aÃos tampoco me interesarÃ-a. Al divisar a Volpi, BolaÃo alzÃ la vista y lo saludÃ. Volpi se sintiÃ orgullo por eso, pero luego BolaÃo le dijo:
Ã Ã Ã â€“Ã Sabes, Volpi? Te admiro.
Ã Ã Ã Volpi sonreÃ-a fuera de sÃ- y observaba para todos lados para ver dÃnde estaba la cÃmara indiscreta.
Ã Ã Ã â€“SÃ-, admiro a la agente literaria que tienes. Te debe hacer ganar mucho dinero, Ã no es cierto, Volpi?

En ese minuto la sonrisa de Jorge Volpi desapareciÃ por el suelo o piso de la EstaciÃn Mapocho. BolaÃo autografiÃ el libro que el escritor mexicano tenÃ-a entre sus manos y, cuando me tocÃ a mÃ-, me quedÃ mirando, y yo sin decir nada sÃlo le extendÃ- mi librito y no dije lo que tenÃ-a preparado: Ã Sabe, seÃor BolaÃo? No lo conozco, pero quiero que se lleve este librito malo a EspaÃa. Soy un escritor marginal. No, no sÃ lo que eso significa, pero lo Ãnico que le puedo asegurar es que no tengo agente y no gano dinero. Tome, seÃor BolaÃo. LÃalo.

Nunca supe si lo leyÃ. Y a estas alturas me da lo mismo. Total, Ãl estÃ muerto y yo casi. SÃlo despuÃs de varios aÃos leÃ- finalmente un libro de Roberto BolaÃo y, pese a lo que pensaba, me gustÃ. Aunque a mis colegas escritores â€“Gonzalo GarcÃs, Luis Valenzuela Prado, Luis LÃpez-Aliagaâ€” no les gustÃ la elecciÃn de los tÃtulos: â€œAmuletoâ€ romÃnticosâ€ y â€œEl gaucho insufribleâ€.

Pero detengÃmonos un segundo y pensemos quÃ pueden tener en comÃn Giacconi, MillÃn y BolaÃo, aparte de estar muertos y de haber vivido largos perÃodos fuera de Chile. La respuesta la meditÃ por semanas, hasta que me percatÃ de que los tres no hicieron mucho para cambiar sus finales. Giacconi sabÃ-a del riesgo que implicaba operarse de la pierna y de todas maneras lo hizo; MillÃn estaba consciente de los riesgos del tabaco y siguiÃ fumando como â€œcarretoneroâ€, y BolaÃo â€“de quien Nicanor Parra seÃalÃ que le debÃ-amos un hÃ-gadoâ€” jamÃs empleÃ sus infl conseguirse ese Ãrgano vital. Tres escritores y un mismo final: la muerte.

Es la muerte y no la vida, como ya dijo MillÃn, quien nos pone el punto final. AsÃ- es que si imaginamos el final de un texto como algo que no depende de nuestras voluntades o talentos, aparecerÃ solo, porque el texto, especialmente en una narraciÃn, tambiÃn va desfalleciendo a cada punto aparte. SÃlo hay que escuchar sus pulsaciones, nada mÃs. Como el mÃdico, hay que saber que existe un lÃmite donde ya no hay nada que hacer. El texto muere naturalmente, y no es el escritor quien lo asesina. No somos asesinos, somos mÃdicos tirados a detectives.